

Como ya se señaló al principio, el aparato erudito es muy sólido y sigue el sistema habitual de la colección en que se ha publicado el libro: referencia abreviada a pie y por extenso en la bibliografía final (pp. 335-364), amplia y bien seleccionada. Creo que hubiera sido de utilidad incorporar y manejar los trabajos de José Fradejas Lebrero y Germán Vega García Luengos<sup>2</sup> sobre el Madrid de Juan Ruiz de Alarcón, por la abundancia de datos que ofrecen, aunque de aquel autor, como se afirma en p. 15, se podría escribir todo un libro. La *Gastronomía madrileña* de Joaquín de Entrambasaguas<sup>3</sup> incluye numerosas referencias de época; en fin, los libros de Pedro de Répide<sup>4</sup> y José Montero Alonso<sup>5</sup> incorporan también muchos detalles de ese Madrid *por de dentro* que se estudia en esta monografía (cf. pp. 22-23 y 39).

Madrid ha sido, en fin, *rompeolas, madre, mar, piélagos* y otras muchas adjetivaciones metafóricas que revelan la poderosa influencia que ha ejercido sobre cuantos han vivido y escrito sobre ella. El libro que ahora reseño constituye una aportación bibliográfica de primer orden para comprender ese Madrid diverso, violento, sensual y en continua evolución que fue la ciudad capital del imperio de Felipe IV.

JOSÉ MONTERO REGUERA

Universidad de Vigo

JAVIER BLASCO, *Cervantes, raro inventor*. Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2005; 206 pp. (*Biblioteca de Estudios Cervantinos*, 17).

Libro publicado originalmente en 1998 por la Universidad de Guanajuato (de “irregular circulación”, como amablemente la califica el autor en la nota preliminar a la nueva edición, cosa que, me temo, no constituye ninguna novedad en el campo de las editoriales universitarias del país), el Centro de Estudios Cervantinos pone nuevamente a disposición del lector esta obra de Javier Blasco. Uno de sus propósitos principales, como apunta en la introducción, es contribuir a aclarar el concepto cervantino de “novela”. Por razones obvias, la

<sup>2</sup> *Juan Ruiz de Alarcón en Madrid*, Artes Gráficas Municipales, Madrid, 1986 y “En el Madrid de capa y espada de Ruiz de Alarcón”, *Homenaje a Frédéric Serralta: el espacio y sus representaciones en el teatro español del Siglo de Oro*, Toulouse, 2002, pp. 545-581, respectivamente.

<sup>3</sup> Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1971.

<sup>4</sup> *Las calles de Madrid*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1972.

<sup>5</sup> *Amores y amoríos en Madrid. De Felipe IV a Pastora Imperio*, Avapiés, Madrid, 1984; *La calle de Alcalá*, Ediciones Kaydeda, Madrid, 1989; y sus artículos, “El semblante de Madrid” y “Arquitectura y urbanismo”, ambos en *Madrid: Historia, arte, vida*, coord. M. Abella Poblet, El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados, Madrid, 1991, pp. 178-203 y 296-317, respectivamente.

definición de término tan escurridizo es de hecho casi inherente a los estudios cervantinos y nunca parece de más recordar, a la vista de las confusiones, que la “novela” cervantina no es la “novela” del lector contemporáneo (o sea, la que de un modo u otro sigue respondiendo al modelo de la novela realista decimonónica). Dicho sea de paso, una de las grandes paradojas del culto universal a Cervantes, atestiguada de sobra en el reciente centenario, es que difícilmente encontraríamos hoy a un novelista o un aficionado al género que no declarara su admiración por el autor del *Quijote*, pero ya puestos a buscar lo específicamente cervantino en su obra o sus gustos advertiríamos que éstos siguen más bien otros rumbos. Se trata, más allá de la celebración retórica, de la desdeñada herencia de Cervantes que han observado autores tan diversos (estos sí cervantinos) como Carlos Fuentes o Milan Kundera.

Con el objetivo, entonces, de comprender mejor a ese “raro inventor” que fue Cervantes, Blasco emprende un estudio firmemente anclado en el contexto literario de la época que comienza con el examen del estado de la ficción: la “nueva religión del libro” (asociada al desarrollo de la imprenta y a la transformación de las relaciones autor/lector) que hizo posible el *Quijote*, la reflexión teórica de los preceptistas (notablemente el Pinciano) acerca de nuevas formas de narración, la histórica desconfianza moralista-humanista (con Vives a la cabeza) hacia la ficción, la aparición de un nuevo público lector y la reivindicación del espacio de lo privado y lo cotidiano para la literatura. La conclusión es categórica y no menos cierta: “La novela es, para Cervantes, una forma de pensamiento: la creación de un discurso necesario para poner voz a una forma de pensamiento absolutamente novedosa” (p. 57). La novela, para el verdadero novelista, no es el medio para expresar su pensamiento, es el pensamiento en sí.

A partir de estas bases, Blasco procede en los capítulos siguientes a examinar cómo los problemas de teoría literaria de la época de Cervantes no sólo se reflejan en su obra, sino que en cierto modo ésta acaba siendo la “novelización” de dichos problemas. El *Quijote* se revela así no tanto como “la novela que trata de cómo se escribe una novela”, sino, ante todo, como “la novela que trata de cómo se lee una novela” (p. 83). A fin de cuentas, habría que recordar que el *Quijote* es, antes que cualquier otra cosa, la historia de un lector.

En el último capítulo, “Apuntes para una definición del concepto de novela en Cervantes”, Blasco dirige su atención a la propuesta hecha por Cervantes, en el prólogo a las *Ejemplares*, de considerar la novela como una “mesa de trucos” y propone una interpretación de la novela como “juego” frente a la rigidez ideológica y preceptiva de la época. Asimismo, analiza la peculiar naturaleza del “filosofar” cervantino a la luz del *Coloquio de los perros*, en oposición, por ejemplo, al predicar del *Guzmán*.

La obra se cierra con un apresurado “A modo de conclusión” que decepciona un poco, a juzgar por la totalidad de la obra. El autor ha avanzado más en la comprensión de Cervantes de lo que deja ver ese par de páginas. Habría hecho falta, quizá, una conclusión más formal y articulada, acorde con el resto del libro. De cualquier forma, este y otros detalles (la sistemática inexactitud de los índices, por ejemplo) no empañan el loable esfuerzo crítico del autor.

PABLO SOL MORA

FRANCISCO VIVAR, *La Numancia de Cervantes y la memoria de un mito*.  
Biblioteca Nueva, Madrid, 2004; 174 pp.

Este libro se inscribe en los esfuerzos de aquella crítica literaria en boga que quiere establecer puentes entre elementos que se encuentran en las antípodas; en este caso, un partido de fútbol y una obra teatral de Cervantes. Para lograr su objetivo, el autor se ha servido de textos y disciplinas disímiles en apariencia, y distribuye el contenido de su obra en dos partes: “*La Numancia de Cervantes*”, seguida de “*La memoria de un mito*”.

En la primera sección se sientan las bases teóricas necesarias para el estudio del mito del enfrentamiento entre romanos y numantinos. Apoyándose en algunos autores antiguos como Montaigne, Tucídides, Maquiavelo, Petrarca, Cicerón y Herodoto, Vivar logra anticiparse a la objeción sobre la validez de contextualizar la obra cervantina sirviéndose de autores cuya influencia es nula, cuando establece: “Nótese bien que no quiero hacer pensar que ellos [Maquiavelo, Tucídides y Montaigne] influyen directamente en Cervantes. Al situar a Cervantes en relación con estos textos, apreciamos mejor la dimensión reflexiva e intelectual que percibimos en *La Numancia*” (p. 23).

Superada esta primera dificultad, el autor logra esbozar una serie de proposiciones relativas a los elementos literarios y mitológicos encerrados en el episodio de la rendición de Numancia, pero que trascienden el texto cervantino si se los relaciona con ideologías nacionales, con política y con el folclor, como la lucha entre el débil y el poderoso (David y Goliat; Ulises y Polifemo) o el amor a la patria (*unus per omnes, pro patria mori*).

De esta manera, la tesis central del primer capítulo –que se puede formular como: “frente al acecho del poderoso la única salida digna para el débil es la muerte”–, está cimentada sobre el estudio del apremio que sufrieron los habitantes de la isla de Melos, amenazados por la hegemonía ateniense durante los preliminares de la guerra del Peloponeso. Luego, se aprovecha el pensamiento de Maquiavelo,